

francesa, y á las disposiciones favorables de los pueblos que las escuchan, es preciso atribuir el grande efecto que nuestras discusiones políticas producen algunas veces en el mundo.

Nuestros oradores hablan á veces á todos los hombres, aun en el caso mismo de dirigirse solo á sus conciudadanos.

## PARTE SEGUNDA.

INFLUENCIA DE LA DEMOCRACIA  
EN LOS SENTIMIENTOS DE LOS AMERICANOS.

### CAPÍTULO I.

Por qué razon los pueblos democráticos muestran un amor mas vehemente y mas durable por la igualdad, que por la libertad.

No tengo necesidad de decir que la primera y la mas viva pasion que la igualdad de las condiciones hace nacer, es el amor de esta misma igualdad; y no se estrañará que me ocupe de ella ántes que de las otras.

Cada cual ha observado que en nuestros



especialmente en Francia, esta pasión de la igualdad tomaba cada vez un lugar más amplio en el corazón humano. Se ha dicho muchas veces que nuestros contemporáneos tenían un amor más ardiente y más tenaz por la igualdad que por la libertad; pero no encuentro que se hayan averiguado bien todavía las causas de este hecho, y por tanto yo trataré de hacerlo.

Imaginemos un punto extremo en que la libertad y la igualdad se toquen y se confundan: yo supongo que todos los ciudadanos concurrirán al gobierno, y que cada uno tenga para ello igual derecho. No difiriendo entonces ninguno de sus semejantes, nadie podrá ejercer un poder tiránico: en este caso, pues, los hombres serán perfectamente libres, porque serán del todo iguales, y serán perfectamente iguales porque serán del todo libres; siendo este el objeto ideal hacia el cual propenden siempre los pueblos democráticos.

He aquí la forma más completa que puede tomar la igualdad sobre la tierra; pero hay otras muchas que sin ser tan perfectas, no son menos apetecidas por estos pueblos.

La igualdad puede establecerse en la sociedad civil, y no por eso reinar en el mundo político. Se puede tener el derecho de entregarse á los mismos

goces, de entrar en las mismas profesiones, de en-

contrarse en los mismos lugares; en una palabra, de vivir del mismo modo y de buscar las riquezas por los mismos medios, sin tomar todos la misma parte en los asuntos del gobierno. Aun puede establecerse una especie de igualdad en el mundo político sin que la libertad política exista; un individuo es igual á todos sus semejantes, exceptuando solo uno, que es el señor de todos indistintamente, y que elige entre ellos los agentes de su poder.

Sería fácil formar otras muchas hipótesis en que se combinase una igualdad muy grande con instituciones más ó menos libres, y quizá con instituciones que no lo fuesen absolutamente.

Aunque los hombres no pueden llegar á ser del todo iguales sin ser enteramente libres, y que por consecuencia la igualdad, en su último extremo, se confunda con la libertad, hay razón para distinguir la una de la otra.

El gusto que los hombres tienen por la libertad y el que sienten por la igualdad, son, en efecto, dos cosas distintas, y me atrevo á añadir que en los pueblos democráticos estas dos cosas son desiguales.

Si se quiere fijar la atención, se verá que en cada siglo se encuentra un hecho singular y dominante de que dependen todos los demás; este hecho da casi siempre origen á un primer pensa-



miento ó á una pasion principal, que acaba por atraer despues hácia ella y por arrastrar en su curso todos los sentimientos y todas las ideas; es como un gran rio hácia el cual parece correr cada uno de los pequeños arroyos que le rodean.

La libertad se manifiesta á los hombres en diferentes tiempos y bajo diversas formas, y no se fija exclusivamente en un estado social, ni se encuentra solo en las democracias: no podria ella por lo mismo formar el carácter distintivo de los siglos democráticos.

El hecho particular y dominante que singulariza estos siglos, es la igualdad de las condiciones, y la pasion principal que agita los hombres en semejantes tiempos, es el amor de esta igualdad.

No hai que examinar cuál sea el atractivo singular que encuentran los hombres de los siglos democráticos en vivir iguales, ni las razones particulares que pueden tener para inclinarse con tanta obstinacion á la igualdad, mas bien que á los otros bienes que la sociedad les presenta. La igualdad forma el carácter distintivo de la época en que ellos viven, y esto basta para esplicar por qué la prefieren á todo lo demas.

Fuera de esta razon, hai otras que en todos tiempos conducirán á los hombres á preferir la igualdad á la libertad.

Si un pueblo tratase de destruir, ó solamente de disminuir por sí mismo la igualdad que reina en su seno, no lo conseguiria sino despues de largos y penosos esfuerzos, y seria preciso que modificase su estado social, aboliese sus leyes, renovase sus ideas, cambiase sus hábitos y alterase sus costumbres; miéntras que para perder la libertad política, basta solo no retenerla, y ella misma se desvanece.

Los hombres no solamente aman la igualdad porque les es cara, sino tambien porque se persuaden que debe durar siempre.

No se encuentran hombres, por limitados y superficiales que se les suponga, que no conozcan que la libertad política puede en su exceso comprometer la tranquilidad, el patrimonio y la vida misma de los particulares; miéntras que al contrario solo las gentes perspicaces y advertidas pueden percibir los peligros con que la igualdad amenaza; y estas evitan ordinariamente el señalarlos, porque saben que los males que temen están mui remotos, y se lisonjean de que no alcanzarán sino á las generaciones venideras, de que se inquieta mui poco la presente. Los males que la libertad causa son algunas veces inmediatos, visibles para todos, y todos mas ó menos los conocen. Los males que la extrema igualdad puede producir no se manifiestan sino poco á poco; se insinúan gradualmente en el cuerpo so-



cial; no se les ve sino de tiempo en tiempo, y al momento en que ellos se hacen mas violentos, el hábito de verlos hace que ya no se les sienta.

Los bienes que procura la libertad no se descubren sino á la larga, y no es siempre fácil averiguar la causa que los produce.

Las ventajas de la igualdad se dejan sentir desde el instante, y continuamente se las ve fluir de su origen.

La libertad política proporciona de tiempo en tiempo á un cierto número de ciudadanos placeres sublimes.

La igualdad suministra cada dia una multitud de pequeños goces á cada hombre. Sus hechizos se sienten á cada momento y están al alcance de todos; á los corazones mas nobles no les son insensibles, y las almas mas vulgares hacen de ellos sus delicias. La pasión que la igualdad hace nacer debe, pues, ser á la vez general y enérgica.

Los hombres no pueden gozar de la libertad política sin comprarla con algunos sacrificios, y si la consiguen es con muchos esfuerzos; pero los placeres que la igualdad procura se ofrecen por sí solos; cada uno de los pequeños incidentes de la vida privada parece que los hace nacer, y para gustarlos no se necesita mas que vivir.

Los pueblos democráticos quieren la igualdad



en todas épocas, pero hai algunas en que llevan este deseo hasta el extremo de una pasión violenta, lo cual sucede al momento en que la antigua jerarquía social, por largo tiempo amenazada, acaba por destruirse despues de una lucha intestina en que las barreras que separan los ciudadanos son al fin derribadas. Los hombres se precipitan entónces sobre la igualdad como sobre una conquista, y se unen á ella como á un bien precioso que se les quiere arrebatar. La pasión de la igualdad penetra por todas partes en el corazón humano, se estiende en él, y por decirlo así, lo ocupa todo entero; y aunque se diga á los hombres que entregándose tan ciegamente á una pasión esclusiva comprometen sus mas caros intereses, no lo escucharán. Tambien será inútil el advertirles que la libertad se les escapa de entre las manos miéntras que fijan su vista en otra parte; estarán ciegos, y no descubrirán en todo el universo sino un solo bien digno de envidia.

Todo esto se aplica á las naciones democráticas; lo que sigue no tiene relacion mas que con nosotros mismos.

En la mayor parte de las naciones modernas, y en particular en todos los pueblos del continente europeo, el gusto y la idea de la libertad no han empezado á nacer y á desenvolverse sino al mo-





mento en que las condiciones empezaban á igualarse, y como consecuencia de esta igualdad misma. Los reyes absolutos son los que mas han trabajado por nivelar las clases entre sus súbditos. En estos pueblos la igualdad ha precedido á la libertad: la igualdad era pues un hecho antiguo, cuando la libertad era todavía una cosa nueva; la una habia ya creado opiniones, usos y leyes que le eran propios, mientras que la otra se presentaba sola y por primera vez al mundo. Así, la segunda apenas existia en los gustos y en las ideas, cuando la primera habia ya penetrado en los hábitos, apoderándose de las costumbres y dando un giro particular á las acciones ménos importantes de la vida. ¿Será, pues, raro que los hombres de nuestros dias prefieran la una á la otra?

Creo que los pueblos democráticos tienen un gusto natural por la libertad: abandonados á si mismos, la buscan, la aman y ven con dolor que se los aleje de ella. Pero tienen por la igualdad una pasión ardiente, insaciable, eterna, invencible; quieren la igualdad en la libertad, y si no pueden obtenerla, la quieren hasta en la esclavitud; de modo que sufrirían la pobreza, la servidumbre, la barbarie, pero no la aristocracia.

Esto es exacto en todos tiempos, pero sobre todo en el nuestro. Los hombres y los poderes que quie-

ran luchar contra esta acción irresistible serán derribados y destruidos por ella. En nuestros dias la libertad no puede establecerse sin su apoyo, y ni aun el despotismo podría reinar sin ella.